



QUÉ LEER

«El gran árbol», de Susanna Tamaro. Ediciones Urano. En un mundo donde las guerras se suceden, los bosques se transforman y la contaminación se expande, «El gran árbol» nos trae una historia de coraje, esperanza, amor y amistad en la que la continuidad de la vida vence sobre todas las cosas. El protagonista, un abeto centenario que crece en un bosque rodeado de los suyos, va aprendiendo desde su perspectiva cada vez más elevada cómo es el mundo de los seres humanos, esos extraños que viven fuera, con sus guerras y cambios constantes. Pero su magnífico porte y su

majestuosidad harán que un día el abeto sucumba a un triste destino: deberá abandonar el claro del bosque en el que creció para convertirse en el árbol de Navidad de la plaza de San Pedro (Roma). Por suerte, su fiel amiga Crik, una ardilla cobriza que vive en su copa, no está dispuesta a quedarse de brazos cruzados. Con la ayuda de la paloma Numa Pompilio, Crik hará todo lo posible para devolver al gran abeto al bosque, aunque para ello haga falta un milagro. ¿Cómo lo conseguirá?, porque «ya se sabe que los árboles por su naturaleza están obligados a permanecer siempre en el mismo lugar».

INSPIRATE

«He buscado el sosiego en todas partes, y sólo lo he encontrado sentado en un rincón apartado, con un libro en las manos»

THOMAS DE KEMPIS
Teólogo alemán (1380-1471)

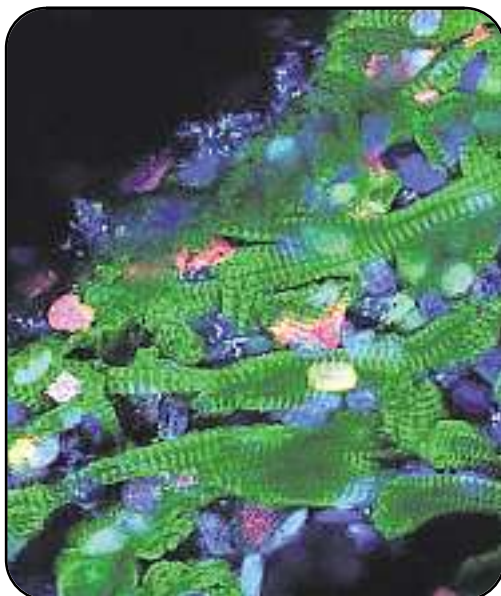
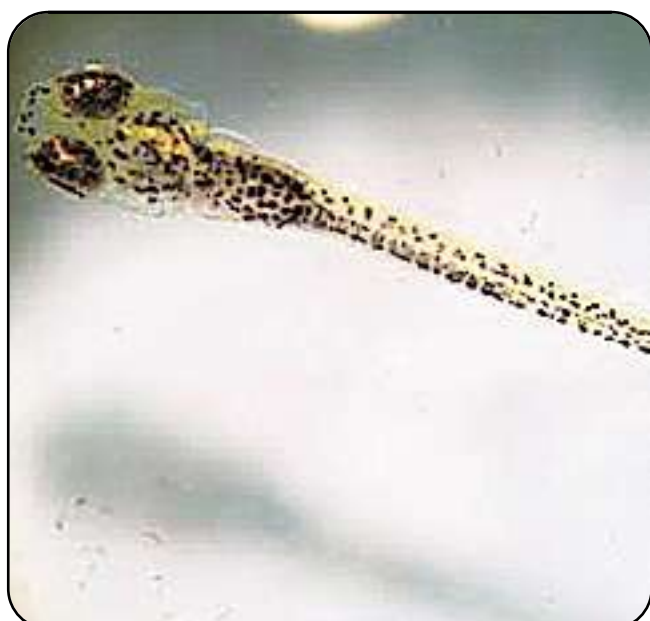


25 de marzo de 2010 | ABC | 75

han sufrido un infarto. Esto podría significar que los mamíferos están tratando de regenerar el corazón dañado, pero algo les impide completar el proceso. Tal vez tan sólo necesiten un pequeño empujón en la dirección adecuada para lograrlo. Si consiguiéramos que proliferen en humanos como en el pez cebra, podría ser una forma relativamente sencilla y eficiente para reparar el daño causado por un ataque al corazón», explica Jopling a ABC. Una vez identificadas las células que permiten recuperar el músculo cardíaco, el siguiente paso es identificar los genes implicados, señala Jopling: «Esto podría darnos una idea de por qué nuestro corazón no puede regenerarse tras un daño».

Esta investigación podría marcar una nueva vía en la medicina regenerativa: «En la actualidad pocos grupos tratan de inducir la regeneración del corazón en mamíferos estimulando la proliferación de las células musculares. La mayoría se centran en las células madre, pero nuestros resultados sugieren que el enfoque minoritario puede ser el más viable», opina Jopling. Y es que no se puede pasar por alto que las células maduras pueden tener también, como señala Izpisua, un importante papel en la regeneración de tejidos.

Pilar Quijada



UN MODELO TRANSPARENTE. Los embriones de pez cebra son transparentes y se desarrollan a la vista de los investigadores, que pueden ir observando al microscopio las primeras divisiones celulares y la formación de los distintos tejidos y órganos (arriba). Gracias a esta interesante característica, el equipo del investigador español Juan Carlos Izpisua Belmonte (abajo, derecha) ha comprobado como muestra la foto del Instituto Salk (abajo, izquierda) que la regeneración del corazón del pez la logran los cardiomiocitos maduros (verde), que «retroceden» en su desarrollo y se dividen (rojo) para reemplazar el tejido cardíaco dañado y después vuelven a madurar para convertirse en células del músculo del corazón.

Páginas patrocinadas por

Telefonica